



## Márquez y Cierva

¿Se acuerdan ustedes, lectores, de aquel coronel don Benito Márquez que fué presidente de las Juntas de Defensa del arma de Infantería? ¿De aquel a quien se le llegó a llamar Benito I y de quien se creía que iba a hacerse el dictador? ¿Se acuerdan ustedes de él? Y digo esto porque aquí nos olvidamos muy pronto de los nombres y de las cosas.

A don Benito Márquez, después que fué expulsado, creemos que ilegal e injustamente, del ejército, se le hizo emigrar para que aquí no alterara eso que los conservadores llaman el orden — y que no lo es, — y se le hizo emigrar proporcionándole en Cuba un empleo, nos parece que de la Tabacalera. A enemigo que huye, puente de plata. Y precisamente hay ahora no pocos obreros españoles que se disponen a emigrar. Y otros no emigramos porque no podemos, pero la emigración espiritual es cada día mayor. Cada día nos sentimos más extrañados de la patria.

Pues aquel don Benito Márquez dirigió el 10 de enero de este año una carta a un periódico de la Habana, carta que ha sido reproducida en algunos diarios de España y que no tiene desperdicio. En esa carta en que el señor Márquez contesta al inconsciente señor Cierva por lo que éste dijo de aquél en la sesión del 20 de noviembre último, asegura don Benito que le faltó ambición, audacia y egoísmo. Y esto nos parece indudable. Es decir, egoísmo no.

Al entonces presidente de las Juntas de Defensa le faltó, sin duda, ambición y audacia, pero acaso por egoísmo. Por egoísmo de padre de familia.

Pero lo más grave de cuanto en su carta asevera el señor Márquez es que el amo de La Cierva — y ya que se figurarán ustedes a quien le llama así — le estaba instando todos los días a que se declarara dictador. Lo que nos cuesta mucho creer, francamente. Como no fuese para inutilizarle más pronto. Porque no nos cabe en la cabeza que un soberano busque un dictador. Si cree que hace falta dictadura la ejerce él mismo convirtiendo su soberanía en poder personal. A pesar de lo cual todos los reyes absolutos débiles, y lo han sido muchos de ellos, acaso la mayoría, se han entregado a validos o favoritos — cuando no a favoritas, — a dictadores.

¿Qué fácil es hablar de dictadores y de dictaduras! ¿Pero qué es lo que dictan? Porque aquí está el nudo de la cosa.

Por lo demás, el régimen político en España es de hecho casi dictatorial. El gobernar por decretos, aquí tan frecuente, y el suspender a cada triquitraque las garantías constitucionales, ¿qué es sino dictadura? Lo que no quiere decir, claro está, que eso sea gobernar con mano fuerte.

Hay un error fundamental y es el de creer que dictadura es casi sinónimo de energía; que un dictador es un gobernante de mano de hierro. Y ello puede no

ser así. Cabe la dictadura del miedo, la del gobernante que dicta su abstención en los problemas más graves por miedo a resolverlos contra éstos o contra aquéllos. ¿O es que hoy en España no nos rige de hecho una dictadura, la del miedo? ¿Es que no hace falta fuerza de voluntad para abstenerse de ciertas intervenciones? Lo que parece desgana de hacer algo puede ser ganas de no hacer nada. Y hasta firme propósito. La abstención exige voluntad.

D. Benito Márquez dice luego: «Yo caí, pero mi idea no. Esa está en pie y vengará mi caída. Allí no triunfan ellos; triunfo yo.» Quitemos lo personal, lo egotista de estas afirmaciones de quien dice antes de ellas que le faltó egoísmo; quitemos eso de la venganza de su caída y de que aquí triunfa él, Márquez. Lo que nos importa es la que llama su idea. ¿Y cuál es su idea? ¿Era la idea misma de las Juntas de Defensa en 1.º de junio de 1917? ¿Y cuál era esta idea? Porque no la sabemos bien.

En otro pasaje de su carta dice Márquez: «Yo ayudante del hijo de Mula! Aquel raposo que me relevó en la presidencia de las Juntas, sabe cuán servil era Cierva ante mis decisiones.» Retengamos esto de «mis decisiones», expresión propia de un soberano, y en cuanto a lo del servilismo de Cierva ante las decisiones de las Juntas creámoslo. Nunca nos ha parecido Cierva un hombre de voluntad propia. De voluntariedad tal vez; de voluntad, no. Los voluntariosos — y lo son los históricos — no son personas de firme voluntad. Y si se les deja hacerse dictadores lo son al dictado.

Lo interesante que sería un estudio psicofisiológico y hasta psiquiátrico o frenopatológico del caso Cierva! Este tan curioso y típico ejemplar de una especie abundante en nuestra historia española es un hombre cuantitativo más que cuali-

tativo. Todos ponderan su capacidad de trabajo, pero no hablan de la calidad de éste. Su oratoria es maciza, pero sin fuerza efectiva. Parece creer «more scholastico», que cuarenta argumentos amontonados en batallón pueden más que uno solo, aunque éste sea el que de veras prueba.

«Ante mí estaba siempre azorado...» dice de Cierva Márquez. Y lo creemos. Cierva parece siempre estar azorado, y siempre a la defensiva. El miedo es su musa política. Sobre todo el miedo a las ideas. Porque ese hombre es hombre de temperamento y no de doctrina. Adoctrina, a lo sumo, su temperamento, pero no atempera doctrina alguna. Es un hombre-masa, sin duda, pero no un hombre-faro. Puede dar todo menos luz. Y luz es lo que nos hace más falta.

Miguel de UNAMUNO.

